

Los demonios de la analogía y la metáfora¹

Renán Silva*

Arrancar objetos sociales clave –por ejemplo el *star system*, la alta costura y el modelaje o el propio periodismo– de las manos de los medios de comunicación, para construirlos como *hechos sociales*, es decir como realidades de las que puede ocuparse la reflexión sociológica –en general, la reflexión de las ciencias sociales– es, de una parte, ennoblecer objetos que allá reciben un tratamiento que, de manera alternativa, los naturaliza o los “espectaculariza” –si se puede usar tal barbarismo, proveniente precisamente del periodismo–, y, de otra parte, ampliar el campo de las ciencias sociales, siempre excesivamente lento para incluir en su reflexión las realidades más originales y a veces más urgentes que plantean las sociedades contemporáneas.

No hay sin embargo que dramatizar esa llegada tardía –no sólo de la investigación histórica, que por su propia naturaleza siempre llega tarde– al “teatro de los acontecimientos”. La consideración distanciada –que es una regla básica del trabajo de las ciencias sociales– y la propia necesidad de depurar las informaciones con que se trabaja, más la dificultad intrínseca de distinguir las realidades sociales que perdurarán –las aguas profundas– de las corrientes de superficie que se marchitan al día siguiente de su aparición, imponen un cierto retraso connatural al trabajo de las ciencias sociales. No hay, igualmente, que exagerar la distorsión que produce el inmediatismo de los medios de comunicación, también consustancial a su manera de abordar los eventos de una sociedad. Cada una de esas esferas de la actividad intelectual cumple su tarea con los medios que le son propios, impuestos por su función, sus fines y su estructura. Lo que no hay que hacer es confundirlas, para lo cual es necesario no olvidar aquello que es de Dios y aquello que es del César, por lo menos desde el punto de vista de su tratamiento y de sus exigencias intelectuales.

Los “espectáculos deportivos” –una realidad básica para comprender la “cultura de masas” en las sociedades modernas– son uno de esos objetos clave de tratamiento cotidiano por los medios de comunicación, a los que las ciencias sociales

¹ Reseña del libro de Philippe Gaboriau, *Les spectacles sportifs. Grandeurs et décadences*. Paris. L'Harmattan, Col. Logiques Sociales, 130p.

*Sociólogo e historiador. Profesor del Departamento de Ciencias Sociales y Económicas y miembro del Grupo de Investigaciones sobre Historia, Cultura y Sociedad, Facultad de Ciencias Sociales y Económicas de la Universidad del Valle (Cali, Colombia)

vuelven una y otra vez, a través de trabajos puntuales –no siempre muy fundamentados– y carentes de las perspectivas teóricas que harían de tales trabajos algo más que un comentario de lo ya sabido. A principios de los años setenta los debates al respecto parecieron tomar una buena vía, a raíz de la publicación del librito de L. Althusser sobre los “aparatos ideológicos de Estado”, pero la propia concepción simplista y reductiva de Althusser, aplicable a todo tipo de realidad cultural, terminó por ahogar tales esfuerzos en la sin salida de investigaciones que tan sólo aspiraban a la “prueba” unilateral y sin matices de sus propios supuestos.

De mayor significación y alcance teórico –incluyendo al mismo tiempo pistas suficientes para un programa de investigación empírica, apoyado en dimensiones históricas– resultó ser la obra de N. Elias (Elias, N. y Dunning, E. *Deporte y ocio en el proceso de civilización*, Madrid, FCE, 1992), una prolongación bien lograda de sus análisis acerca de la monopolización y limitación de la violencia y el correlativo autocontrol de las pulsiones en el curso de la civilización occidental reciente, en la perspectiva de la “pacificación” de la vida social. Más allá del balance crítico que se pueda hacer de las posiciones de Elias y Dunning, de la posibilidad de cierto mecanicismo en la extensión de sus tesis a un campo específico –el deporte– y de los correctivos cronológicos que deben resultar del examen de sus tesis en el marco de sociedades diferenciadas, dentro de esa generalidad denominada “Occidente”, el mayor valor de la obra parece ser el haber demostrado que el deporte puede ser constituido como objeto serio de reflexión histórica.

Philippe Gaboriau –un innovador investigador francés de los medios populares urbanos y en general de las culturas populares (cf. “El Tour de Francia y la Belle Epoque del ciclismo” en *Sociedad y Economía*, nº 4 y, más en general, *Le Tour de France et le vélo. Histoire sociale d’une épopée contemporaine*, Paris, l’Harmattan, 1995)–, profesor de la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales en Francia (sede Marsella), nos ofrece ahora sus reflexiones más generales, no sobre el deporte, sino sobre los “espectáculos deportivos” –un objeto no muy bien definido a lo largo del texto, pero del cual podemos hacernos una idea más precisa a través de los ejemplos multiplicados que él nos ofrece, y entre los cuales los Campeonatos Mundiales de fútbol y los Juegos Olímpicos resultarían ilustraciones precisas.

El pequeño libro de Gaboriau puede ser caracterizado como un libro de ensayos, como una propuesta para animar la reflexión teórica y la investigación empírica en este terreno. No se trata de un estudio del “campo deportivo” –ni de ninguno de sus componentes particulares–. No se trata tampoco del análisis de la evolución histórica precisa de éste o aquel espectáculo deportivo. Más bien se ofrece –con el apoyo de una bibliografía suficiente y actualizada, aunque muy limitada a autores franceses– un enfoque a través del que podrían estudiarse los espectáculos deportivos, “esos extraños objetos de época que fascinan tanto a las multitudes” y de los cuales él piensa que podrían servir como vía de entrada regia al estudio de nuestras sociedades, pues se trata de “hechos sociales primordiales” cuyo estudio

ayuda a comprender mejor “una sociedad, una moral, una estética y a percibir mejor nuestra propia especificidad cultural por relación con otras sociedades”.

Pero corrijamos de una vez: Gaboriau no propone un enfoque particular para considerar el problema. Lo que propone más bien –en muy buena dirección– es la multiplicación de los enfoques a través de los cuales es posible considerar un hecho social que, por principio, debe ser definido como “hecho social total” en la acepción de M. Maus. Se trata pues de la proposición de siete “rejillas” (*grilles*) de interpretación, cada una constituyendo una explicación completa y global. Cada uno de tales enfoques resulta de la aplicación, nos dice, de la metodología weberiana del tipo ideal, que define como “construcciones cercanas a la realidad, concebidas a partir de los elementos más significativos del objeto estudiado y que apuntan a sus caracteres esenciales”. Un “artefacto” a cuya construcción se llega “acentuando uno o varios puntos de vista”, tipos ideales que no duda en llamar –manteniendo una ambigüedad que se encuentra en el propio Weber– “modelos”, “definiciones cerradas, sin carne y sin matices”, obtenidas por un proceso de abstracción –la “extracción” de caracteres esenciales– descrito por Gaboriau en términos que no parecen coincidir por entero con el *espíritu y la forma de trabajo concreta* del propio Weber, y que puede ser uno de los elementos problemáticos de su propuesta –la fabricación de experiencias mentales para ensayar plantear cuestiones extremas (sobre la ambigüedad de las relaciones entre tipo y modelo en el propio Weber, cf. P. Bourdieu *et al.*, *El oficio de sociólogo*).

Presentemos de manera resumida –y seguramente injusta– esas siete rejillas de interpretación para poder ir estableciendo sus posibilidades heurísticas, pero también las dificultades a que su utilización incontrolada puede conducir, mostrando así al mismo tiempo que la propuesta de Gaboriau participa al mismo tiempo de dos formas no coincidentes de considerar el problema: una primera, más histórica, más cerca de la propuesta de Elias, que ve el deporte como configuración específica, con una genealogía precisa e inscrita en un proceso mayor factible de ser fechado; y una segunda que podría llevarnos al falso comparativismo al deshacer esa configuración particular en un universalismo metafórico que puede desembocar simplemente en falsas comparaciones y superficiales analogías construidas sobre una imagen parcial y abstracta que deja de lado los rasgos que especifican un fenómeno singular –el deporte y los espectáculos deportivos en la sociedad moderna–, una perspectiva que resulta en nuestro criterio del uso incontrolado de algunos análisis de corte antropológico, como los de C. Duverger sobre el sacrificio entre los aztecas, o los de R. Girard sobre la violencia y lo sagrado.

La primera rejilla tiene que ver con la consideración de los espectáculos deportivos como fiesta –que lo es, en el sentido puramente general de regocijo, de expansión, de sociabilidad particular aun no definida– y como los grandes carnavales de la época industrial (“islas en el tiempo social”, “tiempo de desviación que permite salir de la rutina”), punto en que ya es más difícil ponerse de acuerdo con el autor, sobre todo cuando se le observa repetir la vieja actitud conformista de años atrás,

cuando los intelectuales europeos descubrieron la obra de M. Bakhtine y realizaron la deducción inmediata de que “en esencia” –en cualquier tiempo y lugar– el carnaval era eso que Bakhtine predicaba de él a partir de su extraordinaria lectura de una fuente literaria (el *Gargantúa y Pantagruel* de Rabelais), sin preguntarse por las correspondencias entre una representación del orden de la ficción y la vida práctica de las gentes que participaban de un festejo carnavalesco. Algo así, en otro terreno, como si a partir de la pintura de iglesia, sin pasar por el análisis de los códigos de la representación, “dedujéramos” las prácticas devotas efectivas de los fieles.

Los espectáculos deportivos pueden ser considerados un carnaval, desde luego. Pero se tratará siempre de una analogía, o simplemente de una construcción fantástica de lo que es en verdad un carnaval, tal vez un “tipo ideal”, pero construido sobre la acentuación de ciertos rasgos que a lo mejor no son los más pertinentes –¿no decía acaso el gran director de cine Glauber Rocha que nada hay más triste que el Carnaval de Río?–. La “rejilla carnaval” nos dice, además, que los espectáculos deportivos son “lugares de alteridad” en donde la “cultura popular toma fuerza y forma”, momento en que “la cultura popular penetra e impregna la cultura seria”, aceptando de paso, sin ninguna objeción, una división entre cultura popular y cultura letrada que hace tiempo ha sido muy bien criticada por historiadores y sociólogos, entre ellos algunos de los que Gaboriau cita, alejándose un tanto del espíritu de esas fuentes (como J.-Cl. Passeron, Cl. Grignon y R. Chartier).

La segunda rejilla analiza los espectáculos deportivos como relatos épicos. No hay duda que lo son. Como él dirá más adelante, no sólo son épicos sino dramáticos, pues participan de los dos registros, en función del medio –prensa o radio y televisión– que los hace circular. Tal como señala Gaboriau, hablando de la prensa, se trata de una forma de literatura contemporánea a la que habría que prestar más atención. O como indica, hablando de la relación entre transmisiones televisadas del deporte y espectadores, se trata de imágenes y relatos indisociables que producen vínculos sociales y actualizan el vínculo social, pues el espectador “se agrega a un público inmenso y anónimo que mira simultáneamente y mantiene con él una suerte de lazo invisible”. Los relatos de los medios de comunicación, siempre repetidos, siempre calcados del mismo modelo y contruidos sobre una gramática con pocas variantes, recrean al deportista como el gigante moral de nuestra época, el superhombre de los pobres, tan distinto del común de los mortales, pero al mismo tiempo tan parecido a todos nosotros. Esos relatos son la ocasión controlada –pero al fin y al cabo la ocasión– de un ejercicio constante de la imaginación popular, que encuentra en el espectáculo deportivo un ceremonial de integración y en el deportista un modelo complejo, que no se puede reducir al logro del éxito, pues incluye también la idea de lealtad, de superación, de esfuerzo y de sacrificio. Como señala Gaboriau, los relatos de prensa que recrean los espectáculos deportivos y las hazañas de los deportistas (pero también sus derrotas), pueden compararse con los relatos épicos de la Edad Media, siempre que –decimos nosotros– la comparación no se lleve

demasiado lejos, dejando de lado lo que constituye la diferencia radical entre las sociedades de la Edad Media y las sociedades contemporáneas, caso en el cual no hay duda de que el riesgo de caer en comparaciones puramente formales y analogías vacías es insuperable.

La tercera rejilla propuesta es aquella que entiende los espectáculos deportivos como instituciones totales (E. Goffman), como modelos reducidos de sociedad, pequeños medios sociales cerrados que constituyen un retiro fuera del mundo, una contra-sociedad que separa a un pequeño sector de los mortales para vivir por periodos de tiempo en un espacio (relativamente) cerrado –las ciudadelas olímpicas, los sitios de concentración de los equipos de fútbol y otros deportes–, contemplado a distancia por los fanáticos y las cámaras de los periodistas. Los Juegos Olímpicos serían la ilustración por excelencia de este microcosmos cerrado que, al mismo tiempo que se aleja de la “sociedad real” –con sus ritmos, sus horarios, sus exigencias cotidianas–, es recreado a diario para ella a través de los medios de comunicación que describen los entrenamientos rigurosos, las limitaciones de los encuentros (control de la actividad sexual), las prohibiciones (por ejemplo alimenticias o la obligación de ir a la cama temprano y sin compañía), las separaciones de los padres o de las esposas, etc., toda esa vida de encierro monacal que tendría como único premio aparente una medalla, una copa y la exaltación de unos valores de lealtad y compañerismo, practicados por los que se presentan como los mejores exponentes de una moral y una pureza específicas, sobre todo en el caso, cada vez menos frecuente, del deporte de aficionados, que se supone que caracteriza a los Juegos Olímpicos y a otro tipo de competencias similares. Se trata de una rejilla atractiva, pero una rejilla cuyo modelo puede esconder una trampa: la de tomar más bien la representación de sí por la “cosa misma” y bautizar a esa representación estilizada con el nombre de tipo ideal, caso en el que los modelos analógicos pierden su función de instrumento de ayuda en la comprensión de los principios ocultos de las realidades que se quiere interrogar para convertirse, más bien, en modelos miméticos apoyados en semejanzas simplemente exteriores (al respecto, cf. de nuevo *El Oficio de Sociólogo*, en particular sobre la forma de construcción de la noción de institución total en Goffman).

La consideración de los espectáculos deportivos como “divertidas (*amusantes*) guerras” es la cuarta rejilla propuesta por Gaboriau. Como se sabe, se trata de un tópico repetido, apoyado casi siempre en una comparación formal que ignora mucho de lo que constituye en verdad la guerra. Posiblemente se trate de un recurso que permite llevar los ojos del analista más allá de la inmediatez de los hechos escuetos para reintroducir las dimensiones simbólicas que los tratamientos más estrechos del fenómeno del deporte no dejan observar. Escrito como un juego de compromiso explícitamente asumido entre el análisis sociológico de Elias –que incluye el deporte en el proceso de civilización, de control de la violencia y de su desplazamiento hacia dimensiones racionalizadas y sometidas a reglas– y las conocidas y problemáticas proposiciones de Nietzsche acerca del juego “eterno” entre dos

morales en la historia, este capítulo del libro pasa por alto no sólo el equívoco de la relación, sino la propia debilidad de las afirmaciones de Nietzsche, construidas, en este caso particular, sobre bases históricas frágiles que recuerdan todos esos análisis que nos muestran la vida de las sociedades bajo un ángulo imaginario, a través del cual se piensa que ellas se construyen y funcionan por medio de principios abstractos que les dan forma y movimiento: “decadencia”, “progreso”, “Apolíneo”, “Dionisiaco”, etc. Grandes principios que regirían la vida social, especies de arquetipos a partir de los cuales el historiador tendría que organizar y modelar la riqueza de una vida social que difícilmente puede ser comprendida a través de principios ideales de esa naturaleza (sobre los efectos en el análisis histórico de esta forma de proceder que desglosa las “ideas”, convertidas en “principios”, de las relaciones sociales, “concibiendo así todas estas ideas como “autodeterminaciones de un principio autónomo”, cf. K. Marx, *La ideología alemana*).

La contraposición es clara: Elias propone una genealogía precisa de un conjunto de prácticas –del deporte más que de los espectáculos deportivos– que considera una creación social singular; Nietzsche se refugia en la idea de dos “morales” que esquematiza en caracteres breves y con las cuales aspira a clasificar épocas del mundo (traicionando de paso lo mejor de su trabajo de genealogista y sumando un vocabulario equívoco compuesto de palabras como “señores”, “amos”, “esclavos”, “débiles”, “fuertes”, cuyo uso veremos multiplicarse precisamente en los Juegos Olímpicos de 1936 en Alemania, juegos sobre los cuales Gaboriau aporta testimonios periodísticos significativos). La idea que puede quedar sonando en el lector –y que no debe ser exactamente la de Gaboriau– es la de la existencia de una corriente eterna de violencia en las sociedades (“Existe en toda sociedad y en todo ser humano una necesidad de violencia que debe encontrar satisfacción de una manera o de otra”), sin distinguir muy claramente las condiciones sociales de ésta o aquella forma de violencia en ésta o aquella sociedad, en éste o aquel periodo histórico, y sin distinguir siquiera entre violencia, agresividad y sentimientos de afirmación (“El deporte permite reencontrarse con los instintos guerreros sin mala conciencia”). La guerra, metáfora aproximada, pero peligrosa, para la descripción de los espectáculos deportivos, metáfora que puede funcionar como impulso para el reconocimiento de algunas de las dimensiones simbólicas del deporte, pero al mismo tiempo como principio de deshistorización de una configuración singular, el deporte, con un lugar preciso en el proceso de civilización.

Quinta rejilla posible: los espectáculos deportivos son una forma de arte contemporáneo. Ninguna duda al respecto y una gran línea de investigación. La arquitectura está ahí para probarlo, aunque de formas muy diversas, si recordamos el uso que los países comunistas y los regímenes nazis, cada uno a su manera, hicieron de los estadios, de los coliseos, de las ciudadelas olímpicas, tal como lo señaló hace ya tiempo E. Canetti. Gaboriau insiste con razón en nuevos elementos: los espectáculos deportivos –la poderosa industria que los rodea– hacen un uso

particular de los resultados de la ciencia (por ejemplo de la aerodinámica), al tiempo que pueblan el espacio con objetos, instrumentos o prendas que constituyen un nuevo canon estético luego de que los hemos visto utilizados y usados por los héroes del deporte. Un inmenso arsenal de objetos útiles, pero también de “chucherías” y cursilerías, que repletan las casas, carros y oficinas de quienes tienen poder para adquirirlos, en el extendido mundo comercial que proliferan a raíz de estos espectáculos –aspecto éste, el de la industria (detrás del espectáculo deportivo, él mismo una industria) que parece quedar siempre en los márgenes de las rejillas de Gaboriau, como si el deporte, la actividad deportiva y los espectáculos deportivos pudieran ser comprendidos hoy por fuera de su organización como industria.

La sexta rejilla es aquella que entiende el espectáculo deportivo como *l’opium des peuples*, como simple ideologización del pueblo, como instrumento para desarmar la lucha de clases de los explotados. Enfoque convencional y repetido que Gaboriau no arroja con rapidez al cesto de la basura, mostrando cómo, a pesar de su esquematismo y unilateralidad, encierra un cierto grado de verdad –aunque una verdad que hay que relocalizar por fuera de todo instrumentalismo simplón, de todo maquiavelismo que elimina la complejidad de puntos, de redes, de intereses y de deseos en que se inscribe un fenómeno de la magnitud del deporte en la sociedad moderna. Una rejilla problemática, pero productiva, cuando se usa con cuidado, dentro de sus límites y con la precaución de no convertirla en la rejilla mayor o única del análisis.

Finalmente, séptima rejilla de lectura, los espectáculos deportivos son rituales religiosos. Aquí tampoco hay duda y la “construcción ideal”, bien manejada, permite recrear elementos que sin ninguna duda son consustanciales al funcionamiento actual de los espectáculos deportivos. En las sociedades modernas la asistencia a “misa” sigue creciendo, sólo que son otros los templos, los altares y los dioses. “Por primera vez en la historia de la humanidad –escribe Gaboriau–, a intervalos regulares y en horas fijas, millares de individuos, en el confort de su domicilio [y en los propios estadios], asisten y participan en la celebración de un mismo ritual”. Y lo mismo puede predicarse de los grandes festivales de música –desde el elegante Bayreuth hasta los más elementales conciertos que han hecho la fortuna de los grandes tenores, con Pavarotti por delante–. Aunque lo mismo podría decirse de los conciertos de música clásica para minorías de élite, si aceptamos la idea de W. Benjamín de que la relación con el arte sigue estando penetrada por una actitud reverencial, ceremonial y de adoración. Pero desde luego, se trata siempre, antes que de un tipo ideal, de una formulación analógica, en este caso llevada al extremo por las largas citas que Gaboriau hace del sacrificio entre los aztecas como forma de ilustración de su proposición.

Libro sugerente, pues, pero libro construido en parte sobre el “demonio de la analogía y la metáfora” y de un comparativismo que casi siempre deja de lado las especificidades de los fenómenos que se quieren comparar para desembocar en

una perspectiva “antropologizante”, y a veces arquetípica, que, apoyándose en elementos constantes de aparente forma común, pierde de vista que, como dice el autor en las páginas finales del libro, el deporte es una configuración singular, inscrita en un tiempo y en un espacio delimitados, que de ninguna manera puede confundirse con los juegos de competición, comunes a muchos pueblos y, mucho menos, en nuestra opinión, con la sacralidad, el ceremonial y la ritualidad que acompañan otra clase de prácticas que los antropólogos han descrito para sociedades distintas de la moderna sociedad capitalista.

He quedado con la idea de que buena parte del libro de Gaboriau –pleno de pistas de investigación– pierde su rumbo por la definición inicial y los usos que hace del tipo ideal, y por la homologación inmediata que efectúa entre tipo ideal y modelo, sustituyendo los criterios básicos de Weber por una forma de abstracción de origen aristotélico –muy presente en E. Durkheim, pero no en Elias–, según la cual se trata de captar lo esencial de un proceso a través de la renuncia al examen de cada uno de los elementos que lo singularizan, valorizando en cambio cada uno de los que aparecen como rasgos comunes, por fuera de toda especificidad histórica, lo que permite enseguida convertir todo proyecto de comparación en una analogía formal, lo que daría a pensar, por ejemplo –pero el ejemplo es mío–, que lo que ocurre en la Plaza de San Pedro el domingo, cuando se abre el balcón y aparece el anciano que conduce los destinos de la iglesia católica, es igual a lo que ocurre cuando la Roma salta a la cancha de fútbol y los espectadores se levantan para “alabar” a sus héroes deportivos, como igual sería el espectáculo (¿deportivo?) de siglos atrás en la misma Roma cuando los leones se alimentaban de cristianos, con el permiso del César y la aprobación de los asistentes (respecto a la tendencia a explicar especificidades históricas por “tendencias universales”, cf. la crítica de Weber a W. Sombart (*El burgués*) en *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, recordada en el examen de la analogía que se realiza en *El oficio de sociólogo*).

Por lo demás, parece extraño no incluir entre las rejillas de interpretación aquella que mira los espectáculos deportivos como una forma específica de industria, productora de enormes dividendos, sometida a las reglas de la minimización de costos y la maximización de beneficios y que es, en parte, la responsable de que –hecho que Gaboriau no menciona– cada vez más millares de personas se alejen de la práctica del deporte para convertirse en sus espectadores. Las lecciones recientes del equipo de fútbol Real Madrid –los Galácticos–, que despide a su viejo entrenador por no ser bilingüe, por falta de atractivo físico y roce internacional, mientras compra cuanta estrella del balón hay en el mundo y se lanza a la conquista de los mercados deportivos asiáticos, pone de presente un elemento comercial que a veces se desecha como simple “exceso marxista”.

Pero más allá de toda crítica –ningún libro escapa a ellas– y por fuera de las que he mencionado –que pueden ser más bien incomprensión del libro de Gaboriau–, *Les spectacles sportifs. Grandeurs et décadences* plantea interrogantes

importantes sobre un aspecto esencial de la cultura de masas –expresión que Gaboriau no utiliza– y sobre el uso del tiempo libre en nuestras sociedades. Y para hacer aun mejores las cosas, el libro se cierra con una corta pero precisa conclusión en la que Gaboriau vuelve a la idea del deporte como configuración histórica precisa y relaciona de manera directa el mundo del deporte con la sociedad capitalista, sin que ello de lugar a ninguna simplificación. En los renglones finales el autor recordará con cierta emoción que él mismo es un amante del deporte, pero un amante que ya no se engaña frente a la aparente nobleza de principios y de propósitos del acontecimiento que tiene enfrente: “mente sana en cuerpo sano”, lealtad antes que trampa y doping, valorización de la competencia y no del triunfo, entre otros principios imaginarios con los que es vivida por los deportistas y los espectadores la actividad deportiva, y entonces escribe: “Asuntos financieros importantes subtienden la victoria de éste o de aquel. En adelante el médico [o el preparador, y demás responsables del doping] podría figurar al lado del atleta a quien prepara”. Y desde luego también debería figurar el empresario que organiza la gran máquina de las apuestas ilegales en torno a las competencias, y ese otro que corrompe al representante del pequeño país en la asociación internacional que define las sedes de éste o aquel evento, y el manager de la industria farmacéutica que produce las drogas que mejoran el rendimiento, y tantos otros...